

L'encre et le sang.

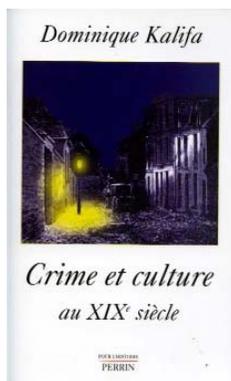
Récits de crimes et société à la Belle Époque

Dominique Kalifa, Fayard, París, 1995.

Crime et culture au XIX^e siècle

Dominique Kalifa, Perrin, París, 2005.

Por Lila Caimari



Identificado por antropólogos y sociólogos desde hace más de un siglo como síntoma clave del lazo social, el delito se mantuvo durante mucho tiempo al margen del territorio de exploración de la historia. Ni siquiera en Francia, donde la renovación de los *Annales* abrió a los historiadores tantas puertas para internarse en territorios propios de las ciencias sociales, hubo un inmediato aprovechamiento de las posibilidades que ofrecía el tema. Esto comenzó a cambiar en los años setenta, como sabemos, gracias al impulso de Michel Foucault, cuyas irreverentes hipótesis tanta polvareda levantaron entre los historiadores. Acaso menos atención se haya prestado a la influencia ejercida por algunas figuras más claramente encuadradas en el mundo de la historia –a veces vinculadas a Foucault, como Michèle Perrot o Arlette

Farge– pero llevando sus intuiciones sobre la cuestión del poder a zonas de interés propias de la historia de la cultura y de la sensibilidad. Autores atentos no solamente a los márgenes, rincones oscuros y “reversos” de la sociedad, sino también a la identificación de objetos con potencial para hablarnos de lo que era más singular en dichas sociedades, de lo que hacía más palpable su distancia de las que las habían precedido, y de la nuestra. Alain Corbin fue uno de los más importantes renovadores de este campo, y acaso el más creativo en el diseño de un mapa de las fobias, gustos y preocupaciones de la sociedad francesa del siglo XIX. La descendencia que ha dejado ya es visible en muchos rincones –incluidos algunos de la historiografía argentina–. Pero lo es más evidentemente en autores franceses que, como Domi-

nique Kalifa, se sitúan en sintonía con aquella gran pesquisa, tanto en el período escogido como en el registro temático. (Recientemente, Kalifa ha hecho explícita esta deuda intelectual co-dirigiendo una obra colectiva de homenaje a Corbin.¹) En los libros que nos ocupan, esta herencia es patente no tanto porque el delito constituya el centro de atención de este historiador –ninguno de sus libros trata exactamente sobre prácticas delictivas– ni tampoco ha sido éste el tema principal de Corbin. Sí lo es, en cambio, al identificar en la *obsesión* por el crimen propia de la sociedad urbana decimonónica un punto clave de observación de la Francia de la Belle Époque. Una historia, entonces, de quienes miran, imaginan y hablan del delito, entendiendo este interés masivo como síntoma de la naturaleza más general de la sociedad que lo albergó.

El resultado de este proyecto llega a nuestras manos en numerosos artículos y dos libros importantes. El primero, *L'encre et le sang (La tinta y la sangre)* es el fruto compacto de una tesis doctoral sobre el periodismo del crimen en la era del diarismo. La estructura argumental y minucia descriptiva de esta obra mantienen, a pesar de una laboriosa reescritura, rasgos del género académico del que proviene –abundan, por ejemplo, los párrafos abiertos por una afirmación general seguida de una laboriosa ilustración empírica, que quizás podría haber sido un poco más sintética–. El segundo libro, *Crime et culture au XIX^e siècle (Crimen y cultura en el siglo XIX)*, publicado diez años más tarde, es un conjunto de artículos que retoma, para ajustarlos y desarrollarlos, temas e

hipótesis planteados en el primero. Lamentablemente, ninguna de estas obras, que ofrecen tantas pistas sugerentes para el campo de estudios sobre delito, cultura y sociedad en plena expansión en América latina (expansión tan influida por la producción académica norteamericana), ha sido traducida al castellano o al inglés.

El universo en el que transcurre la reconstrucción de Kalifa es conocido por los historiadores de la cuestión criminal, pues la obra se instala en ese momento clave del siglo XIX en el que el delito se constituyó en tema científico y estatal, generando una serie infinita de debates jurídicos, congresos criminológicos e instituciones de tratamiento. Pero nadie había apostado a un análisis tan sistemático del punto de vista “profano” de esta preocupación social, ni lo había situado tan decididamente en el terreno de preguntas de la historia socio-cultural. Urbanización vertiginosa, calles atestadas de una población que accede masivamente a las delicias de la alfabetización y al consumo barato de impresos cada vez más atractivos: tales los elementos que están en la base de esta reconstrucción. Los temas en los que se detiene la mirada de Kalifa son diversos: los universos morales creados por la literatura popular, los miedos colectivos (al ataque nocturno en las calles parisinas, a la “armada del crimen”, a los “apaches” –esos personajes del folclore urbano comparables a nuestros “lunfardos”–), las retóricas de la seguridad, la intersección entre delito y política... En cada una de estas instancias, la argumentación ilustra en abundancia la densidad histórica de la imbricación entre cri-

¹ Kalifa, D. *Imaginaires et sensibilités au XIX^eme siècle. Etudes pour Alain Corbin*, Grâne, Créaphis, 2005.

men, sociedad y cultura. Pues allí reside la misión última de ambos libros, que en este sentido no disimulan su intención polémica: bajo esta narrativa cuidadosa, sensible a detalles, cruces discursivos y texturas, hay un ataque decisivo a los clásicos análisis estructuralistas del *fait divers*. Más precisamente: a aquel influyente ensayo de Roland Barthes que en los años sesenta instaló una visión ahistórica del relato periodístico del delito, como espejo de temas y personajes recurrentes, repertorio inmóvil de estereotipos siempre iguales a sí mismos.² Kalifa la emprende, en ambos libros, contra dicha concepción. En este sentido, su obra puede ser leída como un esfuerzo monumental –y ampliamente exitoso– por restituir la esencia histórica de la obsesión popular por la transgresión y, en el mismo gesto, instalar al delito en el centro de las preocupaciones del historiador social y cultural.

El inmenso archivo que subyace a este trabajo es quizás el atributo que más rápidamente salta a la vista. Y si es inevitable señalar esta cualidad, que nutre a todo el análisis de una rica base empírica a la vez que permite ilustrar las hipótesis del autor con ejemplos sutiles y matizados, sería mezquino mencionar este rasgo “industrioso” sin aludir a la agudeza con la que dicho material es interrogado, a la calidad que agrega una lectura de ese archivo que se posa en muchas capas de información y en una singular perspicacia interpretativa. Tampoco se haría justicia a la empresa si no se mencionara la singularidad de la selección de fuentes puestas en primer plano. Porque si en ambos li-

bros encontramos los materiales habituales en las investigaciones históricas sobre el delito (memorias policiales, expedientes judiciales), la originalidad de Kalifa reside en su apuesta fuerte a un archivo de las letras populares. *La tinta y la sangre* reconstruye el inmenso *corpus* periodístico y literario que vehiculizó todo un imaginario del crimen, empresa que constituye por sí sola una contribución a la historia de los consumos culturales de las grandes mayorías urbanas. (Un dato a este respecto es que en trabajos subsiguientes Kalifa se ha volcado de lleno a la historia de la cultura popular francesa decimonónica, una derivación de la investigación que parece casi natural.³) Dentro de dicho universo, y después de analizar los estereotipos más comunes del periodismo del crimen, el autor se detiene a observar muy de cerca –combinando las herramientas de la crítica literaria y la historia cultural– a los legendarios personajes de la ficción delictiva del 900: Fantômas, Arsène Lupin, Zigomar y Nick Carter, entre otros. Los universos morales que habitan estos extravagantes detectives y delincuentes, sus rasgos individuales, y las razones de su inmensa popularidad son objeto de hipótesis en un marco que, aun cuando puede ser profundamente crítico, no es nunca despectivo. Quedan pocas dudas sobre la importancia atribuida a estos personajes de la cultura de la Belle Époque –y, en algunos casos, como Fantômas, sobre las simpatías que despiertan en el autor–. Una nota crítica: tanto en el caso de los *faits divers* como en el de los folletines, el fino análisis discursivo no tie-

² En Argentina, el artículo ha sido reproducido en: Barthes, R. “Estructura del “suceso”, en Link, D. (comp.), *El juego de los cautos. Literatura policial de Edgar A. Poe a P. D. James*, La Marca, Buenos Aires, 2003, p. 127.

³ Kalifa, D. *La Culture de masse en France. 1/ 1860-1930*, La Découverte, “Repères”, París, 2001.

ne contrapartida en la atención prestada a su expresión gráfica, y si bien nos enteramos de la importancia creciente de la ilustración –que llegó a dominar completamente las páginas de diarios y publicaciones populares de quiosco–, en ningún momento hay un esfuerzo serio por integrar este material crucial en el caudal analítico central del trabajo. Una segunda observación: comparando los hallazgos de Kalifa sobre el periodismo del crimen con las investigaciones realizadas en Argentina sobre el mismo período, llama la atención la ausencia de elementos científicos (de la antropología criminal, por ejemplo) en los discursos “profanos” difundidos por los cronistas franceses, máxime cuando éstos eran producidos en uno de los países centrales en el debate científico en torno a las etiologías de la criminalidad. Esta importante disociación entre el lenguaje periodístico y el docto no merece comentarios mayores del autor, más proclive a situar sus hallazgos en genealogías del mundo literario que a ponerlos en relación con otras redes discursivas disponibles.

En algunos tramos de su obra, el análisis de Kalifa adopta de lleno las herramientas de la sociología de la cultura, en el sentido bourdieusiano del término. *La tinta y la sangre* se interna en la trastienda del *fait divers*, en la gris economía de producción de la noticia efímera que llenaba las páginas de tantos diarios, y que aseguraba su vasta circulación. La figura del periodista del crimen, argumenta el libro, experimentó en esos años una transformación fundamental, de cronista marginal de los sótanos de las redacciones a héroe moderno de la saga detectivesca; de humilde acopiador de testimonios a protagonista de una pesquisa escrita en primera persona. Aquel género tan afín al melodrama blando y sentimental fue adoptando, en el mismo lapso, el modelo de la encuesta racional e induc-

tiva –una metamorfosis que Kalifa vincula a la modernización del relato del crimen, y a su éxito como modelo narrativo.

Producción y contenido de la prensa de gran tirada son interrogados con un ojo puesto en su intensa relación con el mundo de la ficción o semi-ficción, sea ésta honorable o menor. (En este sentido, ambos libros dicen mucho sobre el desprecio generalizado que el relato del crimen despertó en la intelectualidad contemporánea, con la notable excepción de las vanguardias.) Esta investigación marcada por una fina sensibilidad literaria, sin embargo, no es –o es sólo parcialmente– una indagación sobre literatura popular. Consumos culturales masivos, obsesiones sociales de época, lenguajes, negocios editoriales... elementos que construyen la imaginación de una sociedad, tanto para pensarse a sí misma como a los que la amenazan. Acaso el capítulo que mejor resume el interés último de la empresa de Kalifa sea el que cierra *La tinta y la sangre*, “Crimen, cultura y sociedad”. Al cabo de una gran reconstrucción, retoma allí la pregunta inicial: ¿qué nos dice el relato del crimen sobre la sociedad que lo produjo y consumió tan ávidamente? En última instancia, y más allá de sesgos ideológicos y manipulaciones, esta masa de episodios microscópicos ofrece una vía de acceso al punto de vista de las mayorías que los consumían diariamente, una muestra del material del que estaban hechas tantas conversaciones cotidianas, tanto en sus dimensiones materiales más específicas como en sus elementos puramente fantasiosos. Este relato circular, armado con elementos recogidos al ras del suelo, despliega los temas de una enciclopedia colectiva hecha de lo infinitamente pequeño. En esa escala, nos dice Kalifa, en la que confluyen ansiedades y avidez por el espectáculo, podemos encontrar piezas legibles de las zonas más opacas de aquellas sociedades del pasado.